

vueltas en sobres opacos. Estas propiedades acusan la emisión de energía o la radioactividad de la emanación. Esto se debe a la descomposición atómica sufrida por la emanación.

El análisis de los depósitos activos acumulados sobre las paredes de los recipientes que contienen a las emanaciones, ha señalado la existencia de los cuerpos intermedios entre el estado inicial y el estado final de las transformaciones radioactivas.

El espacio que disponemos es pequeño para ocuparnos de este importante proceso. La descarga eléctrica en los gases enrarecidos había señalado la desintegración atómica a los físicos y a los químicos, y la radioactividad ha demostrado la transmutación de los elementos radioactivos.

Estas investigaciones han servido para cotejar las ideas con las realidades, o sea mejor dicho, adaptar las ideas a los fenómenos, cosas o acontecimientos.

Los alquimistas de la Edad Media intentaron en vano transmutar el plomo en oro, guiados por la codicia innata del corazón humano por el áureo metal, y no por el afán de conocer los secretos escondidos de la Naturaleza. En cambio los físicos y los químicos modernos han podido

contemplar la profunda transformación de sus hipótesis creadas después de largo y penoso esfuerzo, como también la transmutación espontánea y natural de una partícula de radio (más valiosa que el oro) en ese metal pesado y sucio, el plomo, que sólo figura honrosamente en las grandes matanzas de los hombres.

Si bien la física y la química han suministrado al hombre los colorantes de anilina, los perfumes sintéticos y los remedios químicos para aumentar la belleza y disminuir los dolores de la existencia humana, no serán por cierto estos bienes el premio a los afanes nobles, superiores y desinteresados puestos en juego por los investigadores.

Los progresos incesantes de la experimentación y de la especulación científica sirven para enseñar al hombre la posición que ocupa en la Naturaleza. Los progresos del conocimiento científico al levantar el velo que oculta el mecanismo de los fenómenos enseñan al espíritu humano el vasto horizonte del terreno inexplorado. Nuevas propiedades y nuevas concepciones seguirán apareciendo con el progreso incesante del conocimiento científico de la realidad tangible.

JUAN CARLOS LANDAEBURU

Un equívoco que no debe seguir prosperando

(De *El Tiempo*, Bogotá.)

LA United Press nos transmitió ayer el extracto del artículo que el americanista Mr. Samuel G. Inman, autor de muchos libros sobre Hispano-américa, y profesor de historia latino-americana en la prestigiosa Universidad de Columbia, publicó en *The Atlantic Monthly*, revista que ocupa una alta posición por su seriedad.

Este insigne americanista cataloga a las veinte repúblicas americanas en tres grupos: el primero comprende a las naciones en que los americanos han puesto los fusiles de sus marinos al servicio de sus intereses económicos. En este grupo figuran Cuba, Haití, Santo Domingo, Honduras, Nicaragua y Panamá. En el segundo grupo están incluidas las naciones que están sometidas al consejo financiero de los Estados Unidos, y que si aún no han sido víctimas de la ocupación militar, pueden serlo de un momento a otro. En ese grupo figuran Colombia, junto con Perú, Bolivia, Ecuador y San Salvador. El tercer grupo, en donde el capital americano prepondera, pero sin control oficial, está formado por México, Costa Rica y Guatemala.

¿Qué puede haber autorizado a un escritor, que debe conocer a fondo el asunto de que trata, y que se ha hecho acreedor a figurar como experto en cuestiones latino americanas, para incluirnos entre un grupo de naciones «intervenidas» en el arreglo de sus finanzas por los Estados Unidos? Sencillamente el hecho de haber contratado una misión de técnicos financieros para que nos ayudara a poner en orden nuestra hacienda. Es claro que al contratar esa misión, procedimos en uso de nuestra entera libertad, como nación soberana y libre, y es absurdo dar el carácter de una intervención oficial de los Estados Unidos al hecho de que la misión estuviera formada por ciudadanos americanos. En el mismo orden de ideas podría decirse mañana que la misión militar que se contrata en Suiza o en Francia o en Chile, significaba el control de esos países sobre nuestro ejército, o que la misión pedagógica va a ejercer, en nombre del país de su origen, una tutela sobre la instrucción pública en Colombia. Pero

tan torpe como se quiera tal interpretación, ahí está el bulto la realidad: un americanista distinguido nos cataloga ya bajo la férula de los Estados Unidos, a quienes califica de nuestros *Financial advisers*, insinuando que si el consejo no ha traído todavía la intervención militar, ésta puede ser inminente en cualquier momento. Es decir, desde que dejemos de aceptar el consejo.

Claro está que la opinión del escritor del *Atlantic Monthly* no pasa de ser un punto de vista personal; pero denota ella la existencia de un equívoco que urge destruir cuanto antes. En ello está comprometida nuestra dignidad nacional, y acaso nuestra seguridad para lo futuro. Si dejamos prosperar tamaño despropósito, mañana quizá, a falta de otro pretexto, lo que fué un acto de nuestra espontánea voluntad puede tornarse en una imposición peligrosa. El gobierno de Colombia sabrá adoptar el procedimiento que juzgue más adecuado para hacer saber a los Estados Unidos y al resto del mundo, que el profesor de la Universidad de Columbia está equivocado; que nosotros no somos ni seremos una nación intervenida, ni que los Estados Unidos ni ningún otro país ejerce sobre nuestras cuestiones internas derecho de consejo ni de ninguna otra clase.

Otro cable de la United Press nos pinta de manera gráfica lo que es la intervención americana, hecha para restaurar el orden en los países en donde ejerce, a nombre de la civilización, una tutela ominosa: el infortunado Haití gime desde hace nueve años bajo el peso de la Ley Marcial que le han impuesto los marinos yanquis. El señor Bellegarde, delegado haitiano a la Federación de las sociedades de la Liga, denunció allí el largo martirio de Haití, en donde han perecido tres mil personas al filo de la espada y en donde ningún provecho material ni moral ha traído la ocupación del invasor. Por miedo a los Estados Unidos, la Federación no quiso aceptar la protesta del delegado de Haití, de tal suerte que ante el atropello del poderoso no le queda al débil ni el derecho de queja... ¡Y así se nos quiere incluir en el grupo de naciones próximas a sentir los beneficios de la ocupación militar! Con toda la indignación y todo el horror de un patriotismo encendido, rechazamos semejante hipótesis.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.